

REVISTA NACIONAL  
- CHILE -  
- SECCION: -  
DIARIOS, PERIODICOS Y  
REVISTAS CHILENAS

**N.º 4**

En este número:

**EL CURCO MELENDEZ**

cuento por

JUAN MARIN



*Adelantado*

# lecturas

# MEMORIAS VIEJAS

Recuerdos literarios,

Por GMO. LABARCA HUBERTSON.

UNA quincena que el año escolar iba rodando. Yo había llegado con retraso y aquel primer día aquejábame la parquedad medrosa del *nuevo* en medio del chiquillaje a borotador y bullicioso. Cuando sobrevino la noche y la hora de acostarnos, no pude sustraerme al influjo de las consejas que poblaban el mundo estudiantil sobre las jugarretas de que eran víctimas los internos que se incorporaban a las aulas institutanas. ¿Qué me iría a ocurrir?

En el conjunto donde aún no lograba individualizar a los condiscípulos, llamó la atención mi vecino, un prójimo, alto, magro, hablantín, que parloteaba a la vez con los ojos, las manos y cada articulación de su cuerpo desgarrado. Envuelto en una sábana que fingía los severos pliegues de una toga romana, y a despecho de unas canillas desmembradas que sobaban de los bajos de una larga camisa de dormir, paseábase a grandes zancadas por el pasillo que dividía las dos filas de camas, haciendo el Horacio o el Convidado de Piedra, con amplios gestos melodramáticos.

—¿Qué hace ahí ese niño?— inquirió de pronto la voz inspectoril, desde el otro extremo de la sala.

Mi vecino, haciendo el salto del pescado, con un sólo impulso se zabulló entre los cobertores y se hizo el muerto. Pasó un largo rato de completo silencio. Algo inquieto en ese medio extraño, yo no podía dormir. De pronto, como un Lázaro que se laventase del sepulcro, mi vecino se endereza y se inclina lentamente sobre mí. Al estrellarse con mis ojos abiertos, cae de nuevo desmayado sobre el lecho. Imaginé una picardía y quedé alerta. Transcurre el tiempo; algún reloj lejano da una hora. De nuevo el mozo de las piernas flacas se yergue poquito a poco; finjo dormir; se inclina con precaución, enrabola un cartuchito y cuando va a aplicarme la cebadilla en la nariz, lo rechaza con un fuerte empujón. Caer redondo en su cama y permanece inmóvil, sin decir una palabra. Apacible quietud reina en la sala; debajo de los párpados comienza a sentirse la arenilla del sueño...

A la noche siguiente, sin la menor alusión a lo ocurrido, enhebró conmigo animada plática. Se llamaba Dublé, pero me contó que los compañeros lo apodaban con el nombre de un evangélico cuadrúpedo; me dijo asimismo de sus aficiones literarias. Publicaba un periódico. "La inspectoría sin máscara", y me mostró el número en preparación, todo entero es-

crito de su puño y letra, y suyos eran también el editorial, los demás artículos, los versos, el folletín y las caricaturas. Una de ellas se titulaba: Modo de navegar a lo Dublé. Sobre un bote aparecía un hombre de pie, con unas orejas muy grandes que reemplazaban ventajosamente a las velas. Me expuso que pertenecía a la Academia Miguel Luis Amunátegui, agregándome que yo debía entrar también, inmediatamente.

—¿Y para qué?

—Gran provecho. Los miembros de la Academia tienen permiso para no asistir al *paseo de estudio* de la noche, cuando hay sesión.

Inmediatamente me brotaron unos talentos literarios. El paso de estudio era muy aburrido, y por lo mismo expuesto a que le pusieran a uno unas rayas, equivalentes a la supresión de otras tantas horas de salida el domingo próximo, sobre todo cuando quedábamos bajo la vigilancia de *Paralelo* o de *Peluquero Bravo*.

Cuando me incorporé a la Academia, me dí cuenta de que mi vecino de dormitorio, Diego Dublé Urrutia, era uno de sus corifeos. Había también otros que descolaban entre la pléyade: Oscar Sepúlveda, poeta; Alberto Cabero, insuperable lector y filósofo; Darío Risopatrón, orador ocuente, Luis Schmidt, *don Lucho*, con su gran bonhomía y sus siete metros des estatura; el *buey* Clavel Dinator y tantos y tantos más.

El cotarro demostraba gran actividad. Se discutían con empeño estatutos y reglamentos, los designados cumplían fielmente su deber de presentar en cada sesión los trabajos correspondientes y las críticas, también obligatorias, elevaban en ocasiones el tono del debate hasta el rojo blanco. Era palpable la protección de las musas sobre aquel montón de académicos.

Recuerdo la estupefacción alborozada que no sólo los conmovió a ellos, sino a todo el patio grande, el día en que apareció en *La Ley*, en primera página y con título a dos columnas, un artículo de Cabero titulado "Gladstone y Bismarck". Poco después Oscar Sepúlveda habló en un meeting grandioso en favor de la revolución de Cuba, verificado en uno de los teatros de la ciudad. El camino de la gloria y de la fama abría ante los académicos sus rientes perspectivas.

Todo iba bien, hasta que una noche se me puso carne de gallina y me temblaron las pier-

nas cuando el secretario anunció oficialmente que me correspondía leer un trabajo en la próxima sesión. ¡Qué de aflicciones, cuánto tiempo discutimos con el vecino, a la hora de acostarnos, el tema del ineludible facto! Por fin la idea se condensó alrededor de una "carta a un amigo", y no he de decir las torturas que me costó cometerla a fin de convertirme en autor.

Algún tiempo después, ¡claro! el demonio de la publicidad empezó a escarabajearnos a todos. ¡Cómo podía ser de otro modo! Se hicieron cálculos sobre costos, se exigió una cuota extraordinaria y se entregó el archivo al inspector don Carlos Contreras Puebla, para que seleccionase las composiciones que deberían publicarse. Por cierto que ese caballero a quien los muchachos daban tamaña e inusitada muestra de estima, echó también su manito en el contenido de los manuscritos, en tal forma que la "carta a un amigo" me resultara completamente desconocida, lo que no fué óbice para disfrutar orondamente del triunfo que significaba ver mi nombre en letras de molde por primera vez.

Fué un acontecimiento la aparición del folletito de cubierta roja que iba de mano en mano entre los alumnos que abandonaron por un momento sus juegos, para leerlo agrupados en los rincones.

Descollaba en sus páginas una poesía que mereció entusiasta veredicto, de Oscar Sepúlveda, ese muchacho algo adusto, que desdeñaba los juegos y que durante los recreos paseaba por los corredores su aire soñador, concluyendo por imponer su calidad de poeta hasta a los truhanes del patio.

Con esta aura salió del Instituto, encarnando para la hornada de sus condiscípulos una esperanza cierta. Pronto supo conquistarse una situación espectacular, la más brillante a que pudiera aspirar un escritor bisoño: entró a formar parte al mismo tiempo de la redacción de *La Ley*, el prestigioso diario de don Juan Agustín Palazuelos, y de *La Tarde*, el simpatísimico periódico de los hermanos Irarrázaval Zañartu. En uno y otro aparecían cotidianamente sus crónicas de buen estilo, con su fraseología flexible y chispeante, desusada en los artículos periodísticos de entonces, y sus versos áticos, fáciles, con puntitas de gracia o de ironía que evocaban a Heine o Campoamor. Llegó al pináculo, cuando hizo estrenar, en los albores del teatro chileno, alguna pieza escrita en colaboración con Perico Rivas y creo que otra en forma semejante con Manuel Mackenna.

Por un momento su éxito superó al que Diego Dubé había obtenido con la publicación de sus *Veinte Años*. Llegó a ser un personaje santiaguino que las jovencitas se mos-

traban con un guiño en los paseos vesperales de la Plaza de Armas, y el pseudónimo *Volney* con que firmaba casi hizo olvidar su verdadero nombre.

Contribuía a la creciente popularidad su estampa original: mediana estatura, bien conformado, de clásico andar; una amplia frente servía de friso a sus ojos claros y vivaces; su rostro pálido enmarcado en unas rubias barbas nazarenas hubiéranle prestado cierto aspecto místico, si su larga melena y el inclinado chambergo de amplias alas, no evocaran al romántico poeta de las Escenas de la Vida de Bohemia.

Y eso fué. Poseía una alma bohemia. No tuvo más guía que los zigzagueos de su imaginación caprichosa. Nunca supo de las materialidades del cotidiano condumio; vivía de cualquier modo, cantando como un pájaro, feliz de echar al aire sus gorjeos y cierto de que para el día siguiente Dios proveería. Ni la figura trágica de una Mimí que cruzó brevemente por la existencia de este Rodolfo, logró asentar su destino.

Los dos periódicos en que ganaba sueldo desaparecieron por ese tiempo. Corto de víveres Volney hubo de retornar a su tierra nativa de Chillán, donde permaneció un período largo. Lo ví de nuevo en Santiago, de paso para el Ecuador donde tenía no sé cuales deslumbradoras expectativas.

Más tarde supe que había desembarcado en Antofagasta donde su incurable despreocupación lo hizo perder el vapor. Quedó varado en tierra, sin recurso alguno. Allí lo encontró Pezoa Véliz quien lo incorporó a sus vagabundeos por la pampa salitrera, so capa de campañas de propaganda de una ideología confusa que justificaban, no obstante, las conferencias pagadas en las diversas oficinas, y artículos vehementes en esporádicas publicaciones.

A la salida de uno de esos meetings turbulentos, una puñalada arterial tronchó la vida de ese poeta que cruzó como un fulgente acrelito el firmamento no muy dilatado del cielo literario de ese entonces. Quizás si este recuerdo sea el último destello de la cauda evanescente que dejara tras de sí.

Gmo. Labarca Hubertson.





*A mi mejor camarada en afectos,  
en ideas y en tendencias*

*Aug. J. Thorson*

*A 5<sup>mo</sup> Setiembre 77.*

AUGUSTO D'HALMAR, SENTADO, Y OSCAR SEPULVEDA